


Corres, P. (2019). *Relatividad del mal*. Ciudad de México: Fontamara. 145 páginas. ISBN: 978-607-736-614-0

Javier Eduardo González Guzmán 
Universidad de Guanajuato, México
javogonguz@gmail.com

Dentro del amplio espectro de problemas filosóficos, el mal tal vez tenga el desafortunado privilegio de una constatación tan fehaciente como ningún otro. Asesinatos, torturas, violaciones, enfermedades, guerras... La lista, tan antigua como la humanidad misma, incrementa a medida que el ingenio humano se pone a prueba. No obstante, pese a la ingente cantidad de males, cuando interrogamos por el significado del concepto, nuestras respuestas suelen ser demasiado endebles y difusas.

¿Qué es el mal? ¿Por qué existe el mal y no solamente el bien? ¿Cuál es su sentido? ¿De dónde proviene? Se trata de una serie de preguntas que, si bien no son novedosas, aparecen siempre revestidas bajo un velo de actualidad. Frente a ellas, en su libro *Relatividad del mal* (2019), la Dra. Patricia Corres Ayala propone un recorrido a través de las diversas respuestas que ha dado no solo la tradición filosófica, sino también la religión, la psicología y la psiquiatría.

Como el mismo nombre de la obra lo anuncia, la intención de la autora no reside tanto en dar una respuesta definitiva a las interrogantes que se plantean, más bien en analizar la complejidad del mal de cara a sus múltiples abordajes. En una primera instancia, se exponen algunas de las aportaciones filosóficas más relevantes sobre el tema. Desde la Antigüedad hasta la Modernidad, la autora propone una distinción entre aquellos filósofos que concibieron al bien y al mal bajo una relación dicotómica y, por otra parte, aquellos filósofos que los comprendieron de manera difusa e intrincada.

Parménides, Sócrates, Platón, San Agustín, Kant... todos ellos formarían el denominado grupo de los filósofos dualistas. Filósofos que consideran al bien y al mal como elementos contrarios e irreconciliables, dado que no pueden coexistir sin que

uno prive sobre el otro. Desde esta postura, el bien estaría estrechamente vinculado con el alma o la razón, mientras que el mal encontraría su sitio en el cuerpo o las emociones. Por su parte, los denominados filósofos monistas –Heráclito, Epicuro, Santo Tomás de Aquino, Nietzsche– propondrían que el bien y el mal provienen de un mismo principio. Más allá de apelar a una distinción tajante entre uno y otro elemento, ambos estarían entremezclados en una medida incierta y sumamente compleja. Dado lo anterior, el bien encontraría algo de sí en el mal y viceversa.

Ahora bien, lejos de que el problema del mal sea agotado por la filosofía, la autora también propone abordarlo desde la tradición judeocristiana. Específicamente, a partir de los relatos bíblicos que ofrecen una explicación religiosa al origen y a la justificación del mal. En este sentido, la caída del Paraíso, que aparece en libro del *Génesis*, podría interpretarse como la emergencia del mal en el mundo a causa de la ambición o la soberbia humanas. Lo cual introduce al mismo tiempo el problema de la libertad, de la capacidad de decisión que el ser humano tiene tanto para acercarse a Dios, el sumo Bien, como también para alejarse de él. Sin embargo, a pesar de que se quiera elegir lo mejor y lo más sublime, muchas de las veces no sabemos dónde desembocarán las consecuencias de nuestras acciones. Quizás aquello que consideramos un bien, termine siendo algo perjudicial para otros y viceversa. De tal suerte que no podríamos discernir con total certeza qué es realmente bueno o malo.

Asimismo, en lo relativo a la justificación del mal, podríamos aludir al controversial caso de Job. Aquel hombre que, pese a su beatitud, padece una serie de infortunios sin que su Creador haga algo al respecto. Frente a lo anterior, es inevitable preguntarse ¿por qué Dios permitiría que uno de sus más amados fieles sufra tanto sin que haya una razón aparente? En todo caso, con y más allá de Job, ¿por qué Dios permite el sufrimiento? La cuestión no ofrece respuestas sencillas y nos confronta con el carácter insondable de los designios divinos. Con las limitaciones que, como seres humanos, tenemos frente a una visión más general de las cosas. Y es que tal vez, en el fondo, aquello que podría parecer un mal, se revele posteriormente como un bien y viceversa.

Pero ¿qué pasaría si Dios no fuese el culpable del mal, sino que hubiese otro ser responsable por su incidencia en el mundo? La figura del Diablo se introduce como un intento por ofrecer una explicación al origen del mal. A pesar de los distintos nombres y representaciones que se le han dado, el Diablo vendría a ser el depositario de todo aquello que Dios no es y no quiere. De todos los vicios que corrompen a la humanidad y frustran su potencial para acercarse al sumo Bien. Pero, como advierte la propia autora, la figura del Diablo también fungiría como

un medio para estigmatizar a ciertos sectores sociales considerados como hostiles o anormales. Sectores cuya supuesta confabulación con el demonio serviría de pretexto para ejercer violencia contra ellos. En esta tónica, ya sea que se le considere como un chivo expiatorio para exculpar a Dios del mal, como una figura seductora que corrompe a la humanidad o como un subterfugio para afianzar el odio hacia los otros, el Diablo no deja de ser una tentación recurrente para satisfacer la incertidumbre que provoca la experiencia del mal.

Si bien la religión tiene un papel sustancial al momento de abordar la emergencia del mal, la cuestión también nos confronta con otros saberes que han realizado valiosas aportaciones. Más allá de un tratamiento metafísico o teológico, el psicoanálisis y la psiquiatría situarían el origen de las conductas destructivas en el seno de la psique humana. Específicamente, en aquellas pulsiones y trastornos que derivan en un daño hacia los otros y hacia nosotros mismos. De ahí que Freud proponga la pulsión de muerte como una fuerza interior que contraviene el bienestar y la conservación. Una fuerza que estimula el aparato psíquico y que la conciencia nunca conoce en realidad. Asimismo, se encuentran los trastornos, como la psicosis o la psicopatía, que suelen presentarse bajo comportamientos violentos y que comprometen la integridad misma de quienes los padecen. En este sentido, la naturaleza del mal obedecería a cierto innatismo en la constitución biológica del ser humano.

Ahora bien, lejos de apelar a un reduccionismo, la autora insiste en la multiplicidad de factores que convergen para dar cuenta de la maldad humana. Aunado a las pulsiones y las psicopatologías, también habría que tomar en cuenta aspectos como el medio social, la educación o la herencia familiar. Cuestiones que de ninguna manera son definitivas y que interrogan el supuesto dominio de la razón en la determinación de nuestras acciones. En la creencia de que el mal no sería más que un error de cálculo o un mero defecto de la ignorancia.

Desde esta perspectiva, la pregunta por el mal estaría envuelta en una compleja dinámica que atiende a la diversidad de conductas y de criterios con que se evalúan. Criterios que en ningún caso son absolutos y que advierten la urgencia de ser tratados con la debida cautela. Y es que, en última instancia, cabría considerar que no hay bien ni mal en sí mismos, sino que se tratan de calificaciones que damos a las acciones humanas. Tanto uno como el otro no obedecerían más que a una cuestión de perspectiva.

Lo anterior no significa que la noción de bien y de mal dependan de cada persona, sino que la relatividad a la que apela la autora estaría más bien encaminada hacia la ambivalencia e interdependencia que persiste entre ambos conceptos. En

cómo no es posible pensar uno sin el otro y cómo suelen intercambiar lugares de manera inadvertida. Por ello, la propuesta de la autora apuntaría hacia un análisis abierto. Un análisis que invita al lector a adentrarse en el intrincado laberinto de la maldad humana.